

Hugo Padeletti

Reina Roffé

La poesía y la plástica se han manifestado de forma simultánea y permanente en el quehacer artístico de Hugo Padeletti. Su obra poética, como sostiene Juan José Saer, constituye uno de los momentos más intensos de la poesía argentina contemporánea. Sus creaciones pictóricas, por otro lado, han despertado la admiración y el reconocimiento de artistas y críticos por tratarse de un arte que se presenta a contramano de las ideas de fin de siglo y confía en una dinámica propia inspirada en Arp, en los jardines de arena japoneses y, en general, en la «estética de la imperfección» del budismo zen.

Nacido en la Argentina, en 1928, Hugo Padeletti cursó filosofía en la Universidad Nacional del Litoral, se especializó en estética en la Universidad de Córdoba y estudió dibujo y pintura con Juan Grell. Fue profesor de la Escuela de Artes Visuales de Rosario y en la Superior de Bellas Artes en la Universidad Nacional de Rosario. Desempeñó, además, el cargo de director del Museo de Bellas Artes Rosa G. de Rodríguez.

Cuenta con una profusa obra poética de la cual sólo ha dado a conocer Poemas (1959), Doce Poemas (1979), Poemas 1960-1980 (1989), libro por el que ganó en Buenos Aires el Premio Boris Vian ese mismo año; Parlamentos del viento (1990) y Apuntamientos en el Ashram y otros poemas (1991). Próximamente, en una edición de la Universidad Nacional del Litoral, aparecerá La Atención. Obra reunida (poemas verbales-poemas plásticos) que recoge en tres tomos toda la producción poética de Padeletti, éditada e inédita, revisada por el autor, con una selección de su obra plástica.

Aunque la poesía es su vocación primera, durante más de treinta años ha realizado exposiciones de pintura, collages y escultura en salones de varios países de América. En la década del 60, su afición por los pintores europeos lo llevó a emprender un largo viaje para estudiar la obra de Paul Klee en la Klee-Stiftung de Berna, la pintura taoísta y zen en los museos de Europa y Oriente y, además, para frecuentar los ashrams

de los yoguis en los Himalayas y los asentamientos tibetanos de refugiados. El viaje fue decisivo, ya que le procuró impresiones de primera mano que contribuyeron a modelar definitivamente la estructura de pensamiento que es fuente esencial de su producción: las formas de la mística y la mística de las formas.

Su pasión por el collage y las figuras simples sobre fondos lisos, con los que compone poemas plásticos, proviene –según cuenta– de una experiencia que tuvo siendo niño, cuando vio flotar sobre el agua barrosa de un zanjón un pedacito de papel blanco rasgado. Esa imagen de figura y fondo en claro sobre oscuro suscitó en él una profunda conmoción que, más tarde, comprendería durante su visita al Taj Mahal de Agra, pues allí volvió a sentir que perdía la noción del tiempo, del espacio y de su propio cuerpo concentrado en la contemplación de lo que actualmente denomina belleza pura.

Apuntes de poética*

La rama de incienso de los clásicos

Mi formación es clásica, me gustan muchos autores latinos. Las influencias, aunque un poco mezcladas, se fueron dando más o menos en este orden: durante la adolescencia leí a Rilke hasta que descubrí a los poetas ingleses y norteamericanos contemporáneos en las traducciones de los números que la revista *Sur* dedicó a Inglaterra y Estados Unidos. Después seguí leyendo en traducciones bilingües y fui mejorando el inglés para poder leer directamente la versión original. En Marianne Moore, por ejemplo, descubrí un interés que nos es común por los animales y el mundo natural, y un estilo peculiar que transmite una observación minuciosa de la realidad, una ética espiritual que me deslumbra siempre. Así como Moore inspiró mi poema «Primavera en Berna», Emily Dickinson –otra de mis favoritas– me alentó a escribir «Si comprender un néctar» que surgió de un breve verso de ella: «To comprehend a nectar / Requirest sorest need». De modo que a los poetas ingleses y norteamericanos no los abandoné hasta el presente y siempre han sido un estímulo, aunque no pueda señalar a uno que haya sido mi maestro.

* *Respuestas a un cuestionario de Reina Roffé a Hugo Padeletti*

El acto claro / en el momento claro

Mi poesía, que algunos consideran hermética, quizá porque la experiencia básica no les resulta familiar, es una poesía en la que tiendo permanentemente a la claridad. Mi trabajo sobre el poema es en busca de una claridad meridiana. Y la persigo hasta el punto que el poema lo permite.

Centros de fuerza

Mis centros de fuerza son dos. El primero es la sed de conocimiento. Siento que, cuando estoy inspirado, penetro la cortina que domina la vida cotidiana, tengo percepciones de una realidad más plena. El segundo es la naturaleza, que me ha dado la mayor riqueza de imágenes y experiencias. De pequeño, me críe en la contemplación de lindos jardines y arboledas. De mayor, adquirí muchos libros sobre plantas y animales para estudiarlos y conocerlos. He pasado horas, cuando vivía en Rosario, dentro de casa, en la habitación donde estaba la biblioteca, sin hacer nada; observaba, por ejemplo, un ramo de flores, frutas en una bandeja, un objeto, un grupo de libros, miraba por la ventana y veía la gente que pasaba por el Boulevar Oroño. En mis veraneos soy un puntual observador de las hierbas silvestres, de los minerales. Tal vez por eso mi poesía está más cerca de las cosas que de los seres humanos.

Convertir el desierto

Para mí primero está la belleza natural y después la del arte. La belleza tiene la virtud de llevarnos más allá del tiempo, de producir una suerte de experiencia mística. Creo que para todo ser humano la vida es insatisfactoria. Las cosas cotidianas resultan, a veces, un desierto. Algunas aspiraciones muy profundas o muy íntimas no se dan, o se dan sólo como revelación en momentos privilegiados. La poesía y la belleza son medios de convertir el desierto.

No hay retazos / de lo que importa

A menudo el poema está hecho con retazos de realidad, con alusiones, con imágenes sólo unidas por la rima; y aunque en mis poemas hay siempre un hilo oculto que une todo y les da claridad intelectual, se notan saltos, como si yo utilizara fragmentos no desarrollados, que no dan la totalidad, sino atisbos para ser intuitivos y relacionados unos con otros, hasta que se produce la chispa. Hay elementos que son como peldaños aislados entre los cuales faltan otros peldaños. Tras el vacío, llegamos, sorpresivamente, a otra piedra donde poner el pie: deseo que el poema res-

pire por sorpresa. En la tarea de composición está lo que nos viene gratis –probablemente lo más importante– y lo que nosotros ponemos para completar, redondear, estructurar. Es decir: golpeamos en la costa de nuestro propio hacer individual, consciente, mientras se juntan materiales en la otra costa que después irrumpen en nosotros: el escribir es un proceso dialéctico. En varias oportunidades en función de ideas muy pretenciosas, he querido escribir poemas importantes al estilo de los *Cuatro Cuartetos* de Eliot; resultó demasiado para mí, no tenía los mecanismos para un trabajo de esa índole. Entonces me di cuenta de que había materiales a los que no tenía acceso y que debía trabajar con la gota de rocío de la gracia. Kant dice que cuando uno se enfrenta a una grandeza que lo supera, lo que se produce es lo sublime; yo creo que la belleza es compatible con cosas muy menores. He escrito poemas acerca de tres limones en un plato, rehuendo, precisamente, las ideas sublimes.

El oro / sobre el tiempo / es el AHORA

En esto sí pienso como Kant, que el tiempo y el espacio incumben al hombre; la realidad, la cosa en sí, es intemporal e inespacial. Asocio esto con mis experiencias «místicas» o éticas de tendencia mística: la belleza que me dio leer a Heidegger durante un año entero hasta obtener un estado de supraconsciencia, el escuchar música, el mirar un cuadro, me conducen a un estado intemporal. La eternidad es ausencia de tiempo, no un tiempo infinitamente largo, sino la total omnipresencia de todos los momentos del tiempo.

Pasar inadvertido / es privilegio

Soy, básicamente, un contemplativo; mis mayores goces han sido de contemplación. He tenido buenos amigos y buenas experiencias de la amistad, no he sido un solitario, pero ese goce de contemplación se logra estando un poco al margen de la vida activa, pasando inadvertido. Rompo mi aislamiento, hasta cierto punto, con mis exposiciones, momentos en los que se interrumpe mi modo habitual de vida, porque hay que hacer acto de presencia, recibir gente, oír sus opiniones, dar explicaciones, mantener conversación, pero son interrupciones pasajeras. Nunca me sentí llamado al tipo de vida de un pintor o un poeta de fama y he sido indiferente a forjarme una carrera de las llamadas importantes.

Arma / la trampa / y serás atrapado

Debo admitir que ahora no recomendaría a los artistas jóvenes pasar inadvertidos. Hay un ritmo natural que es conveniente seguir, el de ser

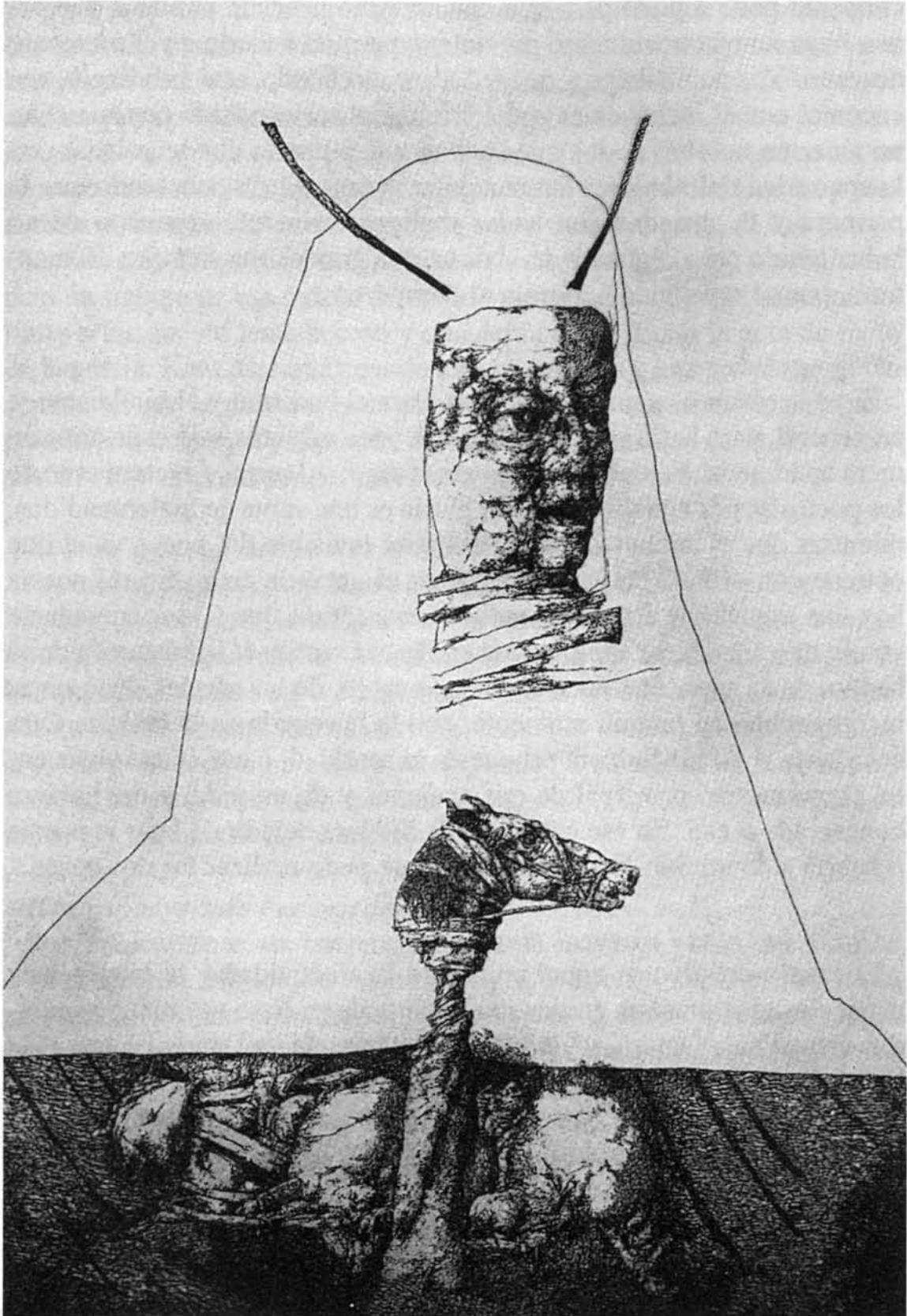
conocido poco a poco para que, cuando uno necesita publicar o exponer, haya un reconocimiento previo que permita hacerlo en el momento deseado. Yo, por haberme quedado aprovechando este privilegio, me encontré con el inconveniente del privilegio: ser conocido por una élite, no tener un nombre de los que suenan y una puerta donde golpear con la sonoridad del nombre. De cualquier forma, sigo sosteniendo que la premura y la ansiedad son hadas malignas. No me arrepiento de no haber tenido prisa alguna y de vivir en una gran calma siempre. El mantram, por su repetición, aniquila el tiempo.

El yo es odioso

El yo verdadero es un yo universal. Para el budismo y el hinduismo y, en general, para la filosofía perenne, los yoes subjetivos de cada uno son mera apariencia. En uno de mis poemas digo: «¡Laurel, / escarmiento de los poetas!», por aquello de que la gloria es una suma de malentendidos, mientras que el auténtico laurel, el laurel invisible del poeta, es el que obtiene con cada experiencia creadora: el goce de crear. En mi poesía hay una especie de ética subyacente a la estética, que podría vincularse con lo que alguien se complacería en llamar santidad: la búsqueda de lo bueno, de lo puro, de lo perfecto, de lo santo, de los ideales. Esto no es incompatible, en ningún momento, con la búsqueda de la belleza. Otra cosa sería si yo me hubiera propuesto la santidad, o esa ética subyacente, como motivo principal de mis acciones y de mi vida, y me hubiera consagrado a eso. En ese caso, quizás hubiera dejado de lado la poesía o habría sido un San Juan de la Cruz, que pudo realizar las dos cosas.

Quitar la culpa / y aguzar el ojo

El estado creativo es aquel en el que la afectividad y la inteligencia están elevados muchos grados por encima de su tono normal, pero unidos en una sola factura, *un intelletto d'amore*, decía Dante. El arte es la liberación suprema que uno puede lograr siendo todavía un hombre, siendo un yo subjetivo. Más allá está la liberación completa que es un sumergirse en el yo absoluto.



Esfinge. Aguafuerte, 1983